

narración ya no es la *mirada* regulada y transparente y la adecuación al objeto descrito que caracteriza al viajero desde la Antigüedad, sino una *visión*. La escritura de la viajera se liga a la vida y sus sucesos vitales devienen sujetos literarios. *Muerte en Persia* representa, quizás por su carácter de diario y su estilo franco y desesperado, la obra más pertinente para analizar esta condición. Durante su estancia en la excavación arqueológica del valle del Lahr, descubre la muerte. El valle es el lugar postrero del cual no puede retornar, el fin del mundo. Pero como una paradoja brotan las palabras. Allí es arrojada de nuevo a su soledad. Una voz le dice que cuando se alcanza el fondo de la desesperación, la salvación está próxima. En el valle acepta su destino: el dolor de impotencia y resignación, el futuro muerto. Allí encuentra y pierde a su amor, Yalé, una joven turca a la que conoce durante una fiesta organizada por el ministro de Asuntos Exteriores, y que se encuentra enferma. Apenas intercambian unas palabras. La prohibición del padre de ella de verse es tajante. A juzgar por una carta a Klaus Mann, piensa entonces huir con Yalé a Estambul. Al día siguiente hay que operar urgentemente a Schwarzenbach del pie. A lo largo de ocho días de hospitalización, Yalé la visita una sola vez. A la mañana siguiente, el estado de salud de la joven turca es tan alarmante que su

padre la ingresa en el hospital ruso de Teherán. Por su parte, la viajera acude a la excavación del valle. Sabe que Yalé va a morir, pero no la visita, a pesar de que su deseo más ardiente es estar junto a ella. Y no lo hace porque: «Sabes que ningún ser humano puede penetrar, siquiera por un brevísimo instante, en el corazón de otro y unirse a él.»²⁰ Esta visita que no llega a realizar supone la muerte figurativa para la viajera y el encuentro de su realidad interna en y con Oriente.

Oriente es para Schwarzenbach un lugar en el que cuestionar y criticar la forma de representación y representabilidad de la condición femenina. Asimismo, es un espacio en el que interrogarse sobre las ideas que han llevado a Europa a una profunda crisis social y política, y el conocimiento de que la proyección de éstas en Turquía e Irán debe realizarse de otra manera para obtener resultados diferentes. Pero, sobre todo, Oriente es el espacio del viaje de la escritura. Comparte con éste el movimiento, el traslado, la dificultad y la itinerancia. Escribir se convierte en un *lugar* posible para la viajera, que narra como una forma de autodefinirse privadamente en el espacio íntimo de inmersión de la escritura, que le permite *llegar a ser*. Dos veces viaje, el traslado a Oriente y su escritura se organizan como formas de atravesar el mundo «haciendo» experiencia.

20. *Ibid.*, p. 132.

La española argelina: del emir Abdelkader a Max Aub

Saliha Zerrouki. Profesora de literatura española, Universidad de Argel

Los lazos históricos y literarios entre España y Argelia, siempre existentes pero en muchas ocasiones olvidados, quedan patentes en la obra de Max Aub, que durante su cautiverio en Argel compuso el estremecedor libro de poemas *Diario de Djelfa*. En estas páginas, el autor traslada sus impresiones del entorno argelino a una poesía extremadamente personal e intuitiva que ha permitido revelar algunos hechos y personajes fascinantes de la historia argelina hasta ahora ignorados.

A veces confluyen una serie de circunstancias que hacen posible que algunos fragmentos del pasado vuelvan a la actualidad. Este artículo se propone demostrar cómo los escritos argelinos del poeta del exilio español Max Aub ha hecho posible uno de

estos resurgimientos. En su libro de poesías titulado *Diario de Djelfa*, Aub plasma sus propias vivencias y las de sus compañeros en su cautiverio argelino y, entre las líneas de lo que hubiera podido ser sólo una creación poética, surgen hechos y lugares

históricos de Argelia. Así, la aportación del escritor español resulta inestimable para ayudar a resucitar unos relatos apasionantes que el paso del tiempo había borrado.

Nuestro trabajo de investigación doctoral sobre la literatura del exilio en general, y sobre Max Aub en particular, desembocó en el descubrimiento de un pasado histórico desdibujado por el olvido. Así fue como fueron aflorando historias verídicas y edificantes, ligadas a la historia de la Argelia del siglo XIX y que enlazan, una vez más, a nuestro país con España. Todo ello gracias a una inconfundible técnica que introduce en su poesía atisbos de consecuencias sorprendentes, una técnica que adelantó a Aub a su tiempo y lo convirtió en un pionero de la literaridad¹ *avant la lettre*, por un lado, y en exponente de la permeabilidad de los géneros, por otro, siguiendo la teoría literaria que preconizaron los autores franceses de los años setenta y que se hace evidente, por ejemplo, en la fusión de géneros literarios² de su poema «Toda una historia».³

En el presente artículo vamos a centrarnos en una serie de narraciones y descripciones, cuya veracidad no sospechaba ni el mismo autor, que abrieron camino a unos descubrimientos muy interesantes y, sobre todo, auténticos. El estudio de la intertextualidad aubiana⁴ de *Diario de Djelfa* ha permitido actualizar un período de la historia de Argelia situado en los inicios de la conquista francesa (1850). Así, a partir de la descripción de un jeque montado a caballo, o un morabito de las cercanías del campo, hemos acabado encontrando a una española que fue raptada en Argelia en el siglo XIX. Esta asociación de hechos y autores nos hizo pensar que Argelia tiene su «española argelina», que nos trae a la memoria otro título «ejemplar» de Miguel de Cervantes: *La espa-*

ñola inglesa. Ambas historias están vinculadas por un raptó, y vamos a ver cómo, salvando la distancia de los siglos, existen otras similitudes que acercan a ambos autores, ya que tanto Max Aub como Miguel de Cervantes estuvieron cautivos en Argel.⁵ Además, los dos compartían la misma modestia respecto a su don de poetas, sobre el cual albergaban grandes dudas.⁶ Para exponer nuestro punto de vista sobre el tema, hemos optado por orientar el artículo en tres direcciones

El arráz de Max Aub y sus orígenes arabigoespañoles

Ante todo, debemos señalar que el pretexto que nos llevó a descubrir este aspecto tan interesante de la historia de Argelia, en relación con la «española argelina», se debe a un personaje que describe Max Aub en el poema épico «Toda una historia».⁷ En este poema, Max Aub cuenta la historia de un joven refugiado español, Manuel Vázquez González, que participó en la Guerra Civil española y fue herido y evacuado a Francia. Cuando salió del hospital, intentó alistarse en el ejército francés para luchar contra el fascismo que amenazaba Europa, pero las autoridades francesas no lo quisieron en sus filas y, para agradecerle la intención, lo encerraron en uno de los campos de concentración del norte de África, en Djelfa.

La secuencia del poema que nos interesa relata el día en que, mientras regresaban de los trabajos forzados, los prisioneros se cruzan con un arráz montado en una yegua española. Max Aub establece un llamativo contraste al describirlo, oponiendo la suma elegancia y riqueza del personaje a los

1. S. Zerrouki, *Max Aub y Argelia: Diario de Djelfa. Entre literaridad, realidad y simbólica*, tesis doctoral, Universidad de Orán, diciembre de 2005, pp.130-216.

2. S. Zerrouki, *Estructura y temática en la obra de Max Aub: Diario de Djelfa*, tesina, febrero de 2001, Universidad de Argel, pp. 135-147.

3. M. Aub, *Diario de Djelfa*, Valencia, Denes Comercial, 1998, pp. 44-57.

4. S. Zerrouki, *Max Aub y Argelia: Diario de Djelfa. Entre literaridad, realidad y simbólica*, tesis doctoral, Universidad de Orán, diciembre de 2005, pp. 132-142.

5. Cervantes permaneció en una prisión de la capital. Max Aub también, pero sólo de paso, antes de ser conducido al campo de concentración de Djelfa.

6. M. Aub, *Obra poética completa*, vol. 1, dirección de la edición, Joan Oleza Simó; edición crítica, estudio introductorio y notas, Arcadio López-Casanova, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2001, p. 8.

7. M. Aub, *Diario de Djelfa*, Valencia, Denes Comercial, 1998, pp. 47-48.

hambrientos y haraposos presos que éste ignora a medida que pasan junto a él:

*Arráez, señor en silla...
de cordobán los jaeces
de manzanillas doradas
de plata las estriberas
a la jineta montado
serio en su barba negra
Viendo sin ver, mirando.*

Si el autor insiste en la descripción de este señor, es para imponer a continuación a otro personaje mucho más digno que el rico jinete: un simple mendigo sentado en la plaza de Djelfa, que abarca toda la magnanimidad del mundo mediante un noble gesto que no escapa a la observación de nuestro poeta:

*Contra un gran montón de adobes
está un mendigo sentado.
Hijo de pared en ruinas,
sentado en la vida, vago,
espera el tiempo que pasa
en la palma de la mano.*

El mendigo se había fijado en un refugiado, Manuel Vázquez González, que recogía cáscaras de naranjas para comerlas. El pordiosero tiende ágilmente al preso un mendrugo de pan y, para no llamar la atención del guardia, le murmura con discreción: «Saber, saber, hambre grande.» El mendigo es consciente de que su libertad compensa su miseria y se solidariza con el preso.

Entendemos aquí que Max Aub, al pintar los dos retratos del señor y del mendigo, quería resaltar la riqueza de alma del mendigo, por una parte, y la indiferencia del rico, por otra. Así, el autor acierta a mostrar un aspecto relevante de la religión musulmana: el Corán, el libro sagrado del islam, que en la sura «El hombre» ilustra este caso y habla de los hombres íntegros con estas palabras: «[...] y ofrecen alimentos, a pesar de su necesidad, al pobre, al huérfano y al cautivo» (versículo 8); «[...] les alimentamos únicamente para placer a Dios, no esperamos ni vuestras recompensas, ni vuestro agradecimiento» (versículo 9).

Así, el mendigo, con su gesto en medio de la necesidad, se había ganado el Paraíso. La llamativa descripción de los personajes del poema «Toda una historia» nos indujo a interesarnos de cerca por la figura del jeque y, en concreto, por la indicación de la fecha del poema. Así, cuando tuvimos la oportunidad de viajar a Djelfa,⁸ lo primero que hicimos fue preguntar por el dignatario de la región en el año 1942. Nuestra amiga Fatiha Benlahrèche Borsla, farmacéutica en Djelfa, nos llevó a una oficina de informática conducida por un joven primo suyo, que había reunido una importante cantidad de documentos fotográficos sobre sus antepasados y sobre la época colonial de Djelfa, lo cual suponía para nosotros un logro fantástico. Al enterarse del motivo de nuestra visita, Redouane Bencherif, responsable de la oficina, nos enseñó una serie de retratos de tiempos pasados, señaló al arráez del año 1942 y nos dijo: «Es éste. Se llama Ahmed Benlahrèche y es el abuelo de mi padre.» Lo decía con naturalidad, como si fuera un hecho anodino. Ningún orgullo se adivinaba en sus palabras. Nosotros, por nuestra parte, estábamos muy contentos de haber dado con uno de los personajes reales de Max Aub, ya que los frutos de nuestra búsqueda empezaban a materializarse. Redouane empezó a hablar de sus antepasados. Me miró diciéndome: «¿Es usted profesora de español, verdad?» Contesté afirmativamente y me respondió: «Pues mi antepasada, la abuela del arráez que tanto les interesa, es una auténtica española.» Se calló para observar el efecto de sus palabras en mí. Luego añadió: «Además, tiene usted mucha suerte porque, hace apenas un mes, he localizado una fotografía de época de mi bisabuela.» Tanta información a la vez nos había dejado sin habla. Nosotros queríamos profundizar en las vivencias de Max Aub en la región y nos encontrábamos con un retazo de auténtica historia de Argelia, colateral al poeta y a España.

La española raptada y el jeque árabe

Así es que el arráez que describe Max Aub con tanta pompa en su poesía era el jeque de Djelfa en 1942, y el mismísimo descendiente de un linaje de

8. Durante más de 10 años la región fue muy insegura y los viajes, arriesgados.

*bachaghas*⁹ de la ciudad: de padre argelino y —por un sorprendente azar— madre española, de nombre Madalena Aoles. La extraña historia de Madalena, más conocida con el nombre de María Dolores debido a una curiosa deformación de su nombre, está ligada a la historia de la ocupación francesa de Argelia.

Para situar la época, es necesario primero trazar una breve ambientación de los hechos y situarlos en su momento histórico. Por ello, vamos a relatar la historia del primer *bachagha* de Djelfa, y mostrar así los contradictorios sentimientos que Max Aub, cuando se interesó por el descendiente de esta estirpe de señores de rancia nobleza, comprobó que existían. Las crónicas¹⁰ dicen que durante la resistencia argelina a la ocupación francesa, en el siglo XIX, los hombres del emir Abdelkader,¹¹ tras la conquista de la ciudad de Nemours,¹² tomaron como rehenes a los ocupantes de una embarcación que acababa de arribar. El emir reclamó a dos jovencitas que formaban parte de los prisioneros de guerra, las adoptó y cuidó de su educación como si fueran sus propias hijas. Éstas, finalmente, se convirtieron al islam. Unos años más tarde, cuando el emir Abdelkader realizó un llamamiento para la *yihad*,¹³ un hombre llamado Si Chérif Ben Lahrière se puso al servicio de la resistencia argelina. El emir lo nombró califa¹⁴ y máximo representante de las tribus de los Uled Nail, que dirigió durante 15 años contra la ocupación francesa.

El emir Abdelkader quería consolidar el juramento de fidelidad mediante una alianza de sangre con los jefes de la tribu de los Uled Nail, por lo que propuso darles a sus protegidas españolas en matrimonio. Madalena Aoles fue destinada a su califa, Si Chérif Ben Lahrière, y su hermana menor, a su primo Si Mohamed Ben Abdesslam. Muy halagado

por la noticia, Si Chérif Ben Lahrière montó una caravana digna de reinas con la que mandó a buscar a las dos «novias elegidas», que se encontraron de un día para otro ejerciendo de protagonistas de *Las mil y una noches*.

Noble y educado en las escuelas del clasicismo (escuela francesa) y del orientalismo (escuela del ascetismo y sufismo musulmán), el califa cumplió con su deber de ciudadano al intentar integrar a las novias en la cultura musulmana. Para empezar, les otorgó sendos nombres argelinos: bautizó¹⁵ a su esposa Madalena con el nombre de Fatma El Euldja, pronto apodada *echahba moulat essalf etouil*¹⁶ (la blanca de largos cabellos rubios), mientras que su hermana tomó el nombre de Azzouza.

Las bodas se celebraron con toda la pompa digna del rango del jeque. Las crónicas no precisan la fecha, pero establecen como más probable el período entre junio de 1845 y enero de 1846. Del matrimonio de Si Chérif Ben Lahrière y de Fatma El Euldja nace en 1856 un varón llamado Ahmed, cuyo nombre coincide con el del arráez visto por Max Aub.¹⁷

Tras la rendición del emir Abdelkader, Si Chérif Ben Lahrière, bajo las órdenes de su jefe supremo, se entregó a las autoridades francesas en 1847 y estuvo internado junto con su familia en Medea, y más tarde en Boghar. Para salvar a su tribu de las represalias del general Yusuf, tuvo que ejercer como *bachagha* en nombre del poder colonial, por lo cual luchó activamente para someter a los disidentes y restablecer el orden en la región, lo que le valió que en 1851 Francia lo nombrara *bachagha* de todos los Uled Nail de la provincia de Argel, con el título de califa que tuvo antes con el emir Abdelkader. Como signo de consideración, en 1852 le construyeron un caserón que hizo las veces de residencia durante algún tiempo: el fuerte Cafarelli, famoso lugar de

9. M. y E. Gouvion, *Kitab el Aâyane el Marharibia*, Argel, Imprimerie Orientale, 1920, pp. 93-101.

10. *Revue Africaine*, n.º 100, 1873, pp. 380-381.

11. Jefe histórico conocido por su lucha armada contra la invasión francesa de 1830.

12. Hoy día llamada Ghazaouet, puerto argelino del extremo oeste fronterizo con Marruecos.

13. Guerra santa proclamada por el emir Abdelkader, el 28 de septiembre de 1832, contra la usurpación francesa.

14. *Revue Africaine*, n.º 100, 1873, p. 311.

15. Las fuentes orales afirman que los registros patronímicos se hicieron en el ayuntamiento, que hoy día lleva el nombre de Hassi Bahbah (Djelfa), por el *bachagha* Maâoui.

16. A. Khireddine, *Rocher de sel. Vie de l'écrivain Mohamed Bencherif*, París, L'Harmattan, 2006, p. 16.

17. M. y E. Gouvion, *Kitab el Aâyane el Marharibia*, Argel, Imprimerie Orientale, 1920, p. 106.

tortura que Max Aub denuncia en sus poesías.¹⁸ A pesar de que no existen indicaciones precisas del mismo en la obra, sí podemos encontrar una alusión a los tiempos heroicos:

*Aduar hecho fortaleza,
bravura caída en hiato.*

Si Chérif Ben Lahrière resultó muerto en combate el 14 de octubre de 1864,¹⁹ a causa de una fatal equivocación que tuvo una repercusión muy grande. Los historiadores Marthe y Edmond Gouvion relatan el suceso de la manera siguiente:²⁰ «Vehemente como siempre, Si Chérif tuvo una muerte gloriosa en un combate que libró contra los rebeldes chikkia, que intentaban tomar la ciudad de Djelfa. Al constatar la presencia de numerosos asaltantes, el lugarteniente Philebert dio la orden de que se cerraran las puertas de Djelfa y ordenó a Si Chérif que defendiera la ciudad con sus hombres. Pero esta orden provocó el enojo del califa, que le gritó: “¡Un Chérif no espera a que el enemigo lo ataque!”. Acto seguido, salió corriendo hacia su fuerte e hizo sonar el toque de llamada. Montó su corcel blanco, su fiel compañero de batallas, y se lanzó hacia la salida del fuerte. El caballo se encabritó en el umbral y se negó a cruzarlo y a avanzar. Si Chérif insistió vanamente en hacer que se moviera, lo presionó y lo espoleó sin ningún resultado. Si Chérif había intuido lo que le sucedía y, pensativo, bajó de su montura y se dirigió resueltamente hacia su casa. Según Cheikh Adam, testigo ocular y yerno de Si Chérif, éste reunió apresuradamente a sus mujeres, repartió entre ellas el dinero que poseía, hizo importantes recomendaciones a sus hijos y, solemne, se dirigió a ellos con estas palabras: “Es la última vez que me veis. Es mi destino”. Después de hacer la oración y liberarse de los abrazos, saltó sobre la yegua baya de su primo Abdelkader

Ben Abdeslam y se lanzó al galope seguido por sus fieles soldados para arremeter contra los atacantes. Cuando se encontraba abriendo las filas del enemigo, un hombre, supuestamente Brahim Ben Bouzeiez, reconoció la yegua de su enemigo mortal, apuntó y disparó. El jinete titubeó. Victorioso, Brahim se abalanzó sobre él para rematarlo. Con gran estupor, reconoció a su jefe, Si Chérif, herido de muerte en el suelo, y gritó horrorizado: “¡Maldita sea, he matado a mi maestro y jeque!”; tras lo cual entró en un estado de postración del cual nunca más salió. Se celebraron grandes funerales, en los que el coronel Martineau des Chenay depositó sobre la tumba de Si Chérif la cruz de oficial de la Legión de Honor.»

Según el relato del sacerdote francés François de Villaret, Si Chérif, habiendo presagiado su muerte, rogó a su viejo amigo Si Chérif Ben Khobeizi que cuidara de su mujer, Madalena, y de su hijo Ahmed, ya que sospechaba que el resto de sus mujeres tomarían represalias. Sin embargo, lo primero que hizo su «fiel» amigo fue casarse con Madalena e instalarse con ella en la casa de Si Chérif Ben Lahrière, en Ain Chenouf. Pronto surgieron dificultades en la pareja, ya que Madalena defendía ferozmente los derechos de su hijo. Los problemas cesaron cuando, instigado por el Bureau Arabe,²¹ Si Chérif Khobeizi se divorció de la mujer de su difunto amigo y abandonó la casa de Ain Chenouf.

Para criar a su hijo, Madalena solicitó la ayuda de la emperatriz de Francia y compatriota suya, Eugenia de Montijo, y el emperador Napoleón III, encariñado con ella, le mandó un emisario especial con una caja de mil monedas de oro.²² Sin embargo, a pesar de tales cuidados, Madalena no sobrevivió por mucho tiempo a su marido y cinco años más tarde moría a la edad de 38 años,²³ dejando huérfano a su hijo de 12 años. Así termina la historia de este gran hombre y de su hermosa mujer, que la aguda

18. Construido en 55 días entre noviembre y diciembre de 1852 por el general Yusuf, bajo el gobierno del general Randon (*Revue Africaine*, n.º 121, 1877).

19. M. y E. Gouvion, *Kitab el Aâyane el Marharibia*, Argel, Imprimerie Orientale, 1920, pp. 100-101.

20. *Ibid.*

21. Los Bureaux Arabes Départementaux fueron creados para llevar a cabo los asuntos civiles de los argelinos.

22. A. Khireddine, *Rocher de sel. Vie de l'écrivain Mohamed Bencherif*, Paris, L'Harmattan, 2006, p. 18.

23. Acta de defunción de Madalena Benlahrière, viuda, natural de Cádiz, establecida a las 8 horas del día 8 de enero de 1869.

observación de Max Aub hizo resurgir hasta nuestra época actual.

El morabito y su secreto

El empeño de Max Aub en profundizar en el pasado no termina aquí porque, por un misterioso azar, el morabito que describe a menudo en sus poemas tiene relación con Madalena Benlahrèche y con el lugar donde se encuentran sus restos. A pesar de que su marido, Si Chérif, fue enterrado en el mismo recinto de su *zauia* (escuela islámica y casa) de Ain Chenouf, el entierro de su mujer fue diferente, ya que Madalena siempre había sido envidiada por sus rivales debido a su belleza y a la preferencia que su marido sentía por ella. Por ello, con el fin de protegerla, los parientes de Si Chérif, que temían que aquellas mujeres la desenterraran para despedazarla y profanaran sus restos, decidieron mantener en secreto el lugar de su sepultura. Sólo con el tiempo se llegó a saber que habían elegido un morabito donde había un cementerio musulmán que la gente empezó a llamar «El morabito de la Machhouda», es decir, «El morabito de la Misteriosa», olvidando así el nombre original de su santo. Este famoso morabito, cuyo nombre original era Si Ali Bendnaidina, figura en dos poemas de Max Aub, «Djelfa» y «Domingo de Pascua». El primero es un poema en prosa:²⁴ «¡Desierto! Espejo del cielo. El morabo de yeso, cráneo mondo semiescondido tras la colina, frente por frente de la auténtica media luna del cielo: tarjeta postal de Constantinopla.»

Y el segundo es una variedad de zéjel:²⁵

*Lejos, mondo y lirondo,
redondo y cuadrado,
un morabo blanco.*

Este morabito forma parte del panorama del campo de concentración de Ain S'rar, ya que se sitúa en lo alto de una colina desde donde se pueden dominar los alrededores de la ciudad, en un radio

bastante extenso. Así pues, este morabito «redondo y cuadrado» también contenía sus secretos y gracias a Max Aub, una vez más, han salido a la luz otras historias. Hay que recordar que lo que orientó nuestra curiosidad fue el ritual bastante extraño de una ceremonia que Max Aub describía desde la lejanía de su cárcel, en el poema «Domingo de Pascua». En esa ceremonia se planteaba una ambigüedad: la Pascua es una fiesta religiosa cristiana, y posiblemente por una asociación temporal (el poema fue escrito un 15 de mayo), el autor pensó en esta fiesta precisamente, por lo demás ajena a la religión musulmana. Ahora bien, el ritual que se describe consta de una serie de prosternaciones en medio de un cementerio, descrito en los versos:

*Por el desierto gris
una hilera de moros
van a su cementerio
a celebrar la Pascua
dando cien tumbos en las tumbas mil.*

Cabe precisar que las oraciones musulmanas consisten en una combinación de prosternaciones que nuestro autor había observado en los prisioneros argelinos, lo que pudiera haberle inducido a pensar que aquellos hombres que veía desde la lejanía de su cárcel estaban haciendo la *salat*, es decir, la oración musulmana. Sin embargo, tal y como los musulmanes saben muy bien, las prosternaciones están prohibidas en los cementerios: la prosternación es sólo para Alá el Grande, y la oración de los muertos se hace de pie. Esto nos lleva a deducir que si no se trata de una oración musulmana, debe de ser simplemente un culto pagano preislámico rendido al santo del lugar, un tipo de ceremonia en que se suele efectuar una especie de danza ritual inclinando el cuerpo hacia delante y hacia atrás, hasta entrar en trance, lo que explicaría los «cien tumbos en las tumbas mil». Contra este tipo de ritos había luchado el ilustre reformador argelino Abdelhamid Ibn Badis, ya que la colonización francesa, en su tentativa de «aculturación» y «despersonalización» sistemáticas,

24. M. Aub, *Diario de Djelfa*, Valencia, Denes Comercial, 1998, p. 36.

25. *Ibid.*, pp. 97-98.

favoreció por una parte el culto al oscurantismo para perjudicar así al islam²⁶ mediante la asociación de la fe musulmana al paganismo, y alimentó por otra parte el regionalismo con su famoso lema «dividir para reinar», que potenciaba el hecho de que cada tribu defendiera a su santo.

Así pues, a partir del pretexto que ofrecieron unos pintorescos cuadros y la intuición de una investigadora, se ha desenterrado una parte importante del pasado de Djelfa. Gracias a la poesía aubiana argelina, hemos podido rendir homenaje

a personajes ilustres de nuestro pasado histórico y dar un nuevo lustre al blasón de sus familias, así como mostrar a las generaciones venideras sucesos trascendentales de su historia nacional. Sin embargo, lo que de verdad confiere su gran riqueza a la escritura de Max Aub es el hecho de que cualquier detalle apuntado constituye una fuente de enigmas que a veces ni el propio autor sospechaba, y para el investigador se abren así posibilidades de descubrimientos inéditos e inagotables, a la medida del talento de Max Aub.

26. El culto a los santos no está permitido en la ortodoxia de la religión musulmana.

Mediterráneo, gente y libros

Claudine Rulleau. Periodista y escritora

«Empecemos por la cultura; la política vendrá después»,¹ afirmaba hace poco en esta misma revista, con encomiable optimismo, el escritor Tahar Ben Jelloun. El Oriente árabe conoce mejor, desde el punto de vista cultural y político, a Occidente que no a la inversa, observaba, y añadía: «Conocerse significa reconocerse, aceptarse y respetarse.» ¿Habría leído el presidente francés, Nicolas Sarkozy, a Tahar Ben Jelloun? Podemos congratularnos de que la cultura, ausente de los parlamentos del candidato a la presidencia, sobre todo en lo que se refiere a su proyecto de Unión del Mediterráneo, haya aparecido por fin en el discurso que pronunció en Tánger el 25 de octubre de 2007, en su visita oficial a Marruecos. «[...] Al contrario que Europa, que durante mucho tiempo los ha relegado al olvido en beneficio de la economía, la Unión del Mediterráneo situará, de entrada, la cultura, la educación, la salud y el capital humano en primera línea de sus prioridades. [...] Invito a todos los jefes de Estado y de gobierno de los países ribereños del Mediterráneo a reunirse en Francia en junio de 2008 para sentar los fundamentos de una

unión política, económica y cultural, basada en el principio de igualdad estricta entre las naciones de un mismo mar, la Unión del Mediterráneo [...]»

Si fuéramos idealistas incurables, podríamos fruncir el ceño ante la expresión «capital humano», que nos hace percibir los desplazamientos conceptuales vehiculados por el vocabulario: «capital» humano, al igual que «recursos» humanos, pertenece al ámbito económico más que al cultural o espiritual. Pero no seamos quisquillosos y alegrémonos. Este impulso dado a la cultura en el contexto de la Unión del Mediterráneo (proyecto que suscita reservas en numerosos socios eventuales) viene como agua de mayo y coincide —¿por casualidad?— con la decisión del Parlamento Europeo y el Consejo de proclamar el 2008 como «Año Europeo del Diálogo Intercultural». Los diputados, que quieren desarrollar ese diálogo, abogaron por reforzar las medidas de la Unión al respecto. En concreto, propusieron la creación de un premio destinado a recompensar un proyecto destinado a los jóvenes. Y el año debería cerrarse con un foro intercultural que reuniera en el

1. *Quaderns de la Mediterrània*, n° 8, 2007, p. 17.